

Memoria
III Foro Colima y su Región
Arqueología, antropología e historia

Juan Carlos Reyes G. (ed.)

Colima, México; Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2007.

Orden social y sufrimiento en la cultura de la resignación.

Rogelio Luna Zamora

Universidad de Guadalajara

Introducción

Con un enfoque de la sociología fenomenológica y la teoría fundamentada, y usando las técnicas de las historias de vida y la entrevista a profundidad, el trabajo recoge los cambios en los referentes culturales de tres generaciones acerca de su percepción del sufrimiento y de la resignación en la esfera cultural de la población de Cuauhtémoc, Colima.

La primera generación, la de mayor edad y que comprende individuos mayores a los 60 años de edad, fue educada en la conciencia de la escasez, el deber y la obediencia irrefragable a través de métodos muy estrictos y coercitivos. La segunda generación, que aquí la denomino de transición, corresponde a individuos que fluctúan entre los 40 y menores a los 60 años de edad, quienes vivieron su infancia y juventud justamente a partir de los años cincuenta del siglo XX y hasta la década de 1960; los elementos de escasez no son ya un referente que lo lleve a entender la resignación y son quienes empiezan a revelarse contra la autoridad de corte autoritario, ni el sufrimiento como algo loable y lógico y naturalizado en su percepción de la vida y del mundo. La tercera generación se

integra por los más jóvenes y su infancia inicia a partir de los años 1970; su característica es que el sufrimiento como sucesos o eventos en su ciclo de vida ha disminuido notablemente, de suerte que en su esquema mental no es un referente importante en la determinación de sus proyectos de vida, por el contrario, lo lúdico y el presente constituye un valor y un parámetro de sus acciones y sus búsquedas de realización.

La tesis que se encuentra detrás de este enfoque es que la modernización contribuyó a un cambio en el marco cultural de la localidad, el cual implicó que los individuos jóvenes abrieran sus mentes a la multiplicación de oportunidades de realización personal, mientras que el orden social establecido no correspondía con las expectativas que llegan por medios que la modernidad les ofrecía a los jóvenes en sus respectivos ciclos de vida con cada generación aquí analizada. En otros términos aquí se ofrece el análisis del cambio de la percepción del sufrimiento como ineludible con conceptos correlacionados al deber, la obediencia, el castigo, y la resignación como “marcas” o “signos” muy presentes en el orden social local, de suerte que demarcan y orientan las acciones individuales de la primera generación en particular y parcialmente, de la segunda generación, mientras que para la última generación son signos debilitados en el *frame* (marco) cultural, deviniendo un orden social cotidiano más relajado que permite la expresión de lo individual y la búsqueda del deleite como algo posible.

Del sufrimiento y su conceptualización

La perspectiva dominante en el análisis del sufrimiento es la vinculada a lo irremediable, aquel ocasionado por la pérdida de algún ser querido, o el dolor que se presenta con la enfermedad. Esta perspectiva del sufrimiento va de la mano de la vulnerabilidad de la naturaleza del ser humano y se refiere a los sucesos inevitables que “llegan de fuera” a todo individuo, es la desdicha inexorable, fatalista, como suceso inescapable a la vida de todo individuo en algún momento de su vida.

Esta perspectiva está estrechamente vinculada a las doctrinas religiosas en el mundo, para las cuales básicamente la vida se define por el dolor. En el caso del budismo la raíz del dolor –sufrimiento- descansa en el apego a las cosas y al deseo, las cuales son finalmente impermanentes; la práctica del budismo es el camino a la liberación de las ataduras del tiempo y las cosas a través de alcanzar el *nirvana* y este estado sólo se logra a costa del *samsara*, la vida misma que

implica imperfección (Martínez, 1996:50). Efectivamente, el príncipe Sidharta Gautama experimentó en vida propia la cruda realidad del mundo como dolor, “la existencia entraña la enfermedad, la vejez y la muerte”, el nacimiento es dolor, la vejez es dolor, la enfermedad es dolor, la muerte es dolor, la separación del ser querido es dolor, “en fin toda, toda la trama de nuestro ser (*skandas*) es dolor” (idem: 48. Cf. A. Fourcher, *La Vie du Bouddha*, Paris. Eds. Payot, 1949).

En la perspectiva religiosa es frecuente la asociación del dolor y el sufrimiento como un regalo que nos es dado para redimir nuestras propias limitaciones y flaquezas, siempre y cuando aceptemos el dolor y la muerte como la base para contactar con nosotros mismos y con los otros a través de la compasión, que es el último sentido del sufrimiento (Young-Eisendrath, 1996: 189).

En la concepción cristiano-católica, en tanto pensamiento religioso dominante en la comunidad todavía en la actualidad, estaría marcado fuertemente por la concepción reflejada en la metáfora de que la vida “es un valle de lágrimas”. La redención y la purificación para la felicidad o el goce sólo es posible en “la otra vida”, la que viene después de la muerte, de forma tal que los deseos de la carne –entre los más leves, el disfrute- son deseos que habría que evitar en lo posible. El sufrimiento en esta perspectiva es inevitable y constituye una especie de proceso purgativo para disponer de un mejor acceso al paraíso celestial.

No me interesa aquí analizar esta perspectiva catastrófica –aún cuando cierta y aplastante como realidad-. Me interesa analizar el sufrimiento en su devenir histórico en términos de su papel predominante en la cultura y de la cual yo concibo que a través de la modernización como signo a perdido peso en la semiótica de los valores y la estética de la vida cotidiana.

El sufrimiento en tanto signo altamente presente en la cultura local todavía hasta mediados del siglo XX, representaba en términos de Heller, el rol de un sentimiento orientativo el cual cumplía una importante función tanto en una simple acción directa de cualquier tipo en la vida diaria, así como en el pensar, ya que son parte constitutiva del proceso cognoscitivo social. En otros términos, los sentimientos orientativos son consecuencia de las objetivaciones sociales, son éstas las que los moldean y guían estos sentimientos, los cuales afectan tanto los contactos interpersonales, como los que se refieren al **sensus communis**¹ (Heller, 1993:109).

*El **sensus communis** guía el gusto de los individuos que pertenecen a una sociedad (a un estrato social, una comunidad, una nación) a los más diversos niveles... el área de movimientos concedida a*

*los sentimientos orientativos por el **sensus communis** puede incluso variar según el sexo: juega un papel mucho mayor en el vestir de las mujeres que en el de los hombres.* (Heller, 1993:114).

Pero este gusto estético, así como el sentido del orden moral, tiene una importante función social incluso donde existe una jerarquía fija de valores. El problema se presenta cuando viene una desintegración del *sensus communis*, donde los elementos que intervienen en la configuración emocional se incrementan y se complejizan (*Ibidem*).

Desde otra perspectiva teórica, el sufrimiento lo concibo de la misma forma en que Paolo Fabbri (1995) el destacado semiólogo italiano, aborda el análisis de las pasiones. Siguiendo su planteamiento del papel de las pasiones en el sistema cultural, el sufrimiento para la cultura local hasta mediados del siglo XX, funcionaría como un esquema subyacente que encuadra los procesos cognoscitivos –conocimientos- de los individuos, constituía un elemento relacional y cultural de los eventos y de los procesos afectivos (sentimentales y emocionales).

La cultura es un dispositivo de modelos de conocimiento compartidos por miembros de una comunidad empeñada en comprender el mundo, y el obrar y el padecer en ese mundo... [donde] los resultados de la lingüística sobre los actos de la palabra y la dimensión coloquial, enfoca no sólo la relación conocer-decir, sino también la inteligibilidad y así entra en lo vivo de una “fuerza directiva” enderezada a los resultados intersubjetivos de la acción y de la pasión. (Fabbri, 1995:171).

Mi enfoque del sufrimiento hasta este momento, lo podemos entender muy próximo al sentimiento de la resignación. Entiendo al sufrimiento no como un sentimiento en sí mismo y desde la perspectiva catastrófica o fatalista tal como congoja, tristeza, lamentación o dolor, sino como se mencionó arriba, en tanto eje o pivote cultural que puede intervenir en el espectro cultural de manera relacional, como un esquema global de establecer relaciones con otras emociones y situaciones que evocan ciertas reacciones y formas de pensamiento, que evocan paciencia, tolerancia y resignación. Es más la disposición a aceptar la tristeza y lo inevitable del destino, que la tristeza en sí misma. Es como ver el destino como el inevitable sufrimiento esperado pero donde esta resignación-aceptación del irremediable sufrimiento, es valorizado a partir del sentido –al menos en parte-, que la concepción cristiana católica le otorga al sufrimiento y al papel de la resignación como un valor importante en la vida del individuo y del carácter. En resumen comparto el esquema proposicional de Hutchins que plantea que “un

esquema es pues una forma o un escantillón del cual pueden extraerse proposiciones en gran número y a gusto” (1980:292).

Mi punto de partida es que en la localidad estudiada se han vivido diferentes etapas en donde se ha dado un salto de una “cultura del sufrimiento” significativamente marcada por un fuerte actitud de la resignación hacia lo que actualmente me parece sería una “cultura del no sufrimiento” donde la resignación ocupa una jerarquía mucho menor en la estructura mental de la comunidad como valor, en otros términos, donde los jóvenes hoy día buscan evitar la excesiva aceptación del sufrimiento de la generación de sus padres, en particular de aquellos nacidos a partir de los años de la década de 1970.

Del “valle de lágrimas” al “reino de los deseos”. Un esquema del cambio psicosocial a través de las generaciones.

Permítaseme plantear para fines de simplificación e ilustración de lo que deseo exponer aquí, la existencia de tres generaciones en el siglo XX, desde el punto de vista de la formación en términos de esquemas psicosociales predominantes en cada una de estas generaciones.

Dentro de este marco, la historia pasada, es decir, la experiencia de la primera generación es vista por ellos mismos y transmitida hacia las nuevas generaciones como una época de "sufrimiento", una visión en la que correspondía actuar con aguante y resignación, sentimientos que fueron todavía hasta los años 1960, altamente valorados como positivos, en el marco de la concepción religiosa católica desde el púlpito por el párroco local.

Este periodo esta referido entre 1920 y 1950. Corresponde la guerra cristera (1926-1929); el reparto agrario original (1917) y la primera ampliación agraria (1939); es decir, la aparición de un reducido grupo de agraristas en Cuauhtémoc que lucharon por cambios sociales que involucraban nuevos arreglos institucionales y sociales, y que tuvieron una importante influencia en la cultura y en el posterior desarrollo de la economía local. Aparece el ejido en conexión con el estado federal a través del Banco Ejidal, primeros créditos agrícolas y la constitución de cooperativas de producción, de lo cual sólo se beneficiaron unas 20 familias. El establecimiento del ejido significó en la arena de las instituciones la delimitación de áreas de influencia y de administración, la iglesia se relegaba a cierto espacio, el ejido a las actividades productivas y junto con el municipio ejercía ciertas funciones administrativas en los asuntos públicos, y la hacienda a

su territorio. En el campo de los sentimientos y la valoración significó iniciar una transformación que tardaría dos generaciones más en delimitar el campo de acción de aquellas instituciones. Todavía en los años 1920 -diez años después de que se hizo el reparto original de tierras, en la cual participaron sólo poco menos de 20 agraristas-, todavía existían campesinos que habiendo obtenido prestado del ejido un pedazo de tierra para cultivar, seguían pagando la renta al hacendado. Tales eran los sentimientos de culpa y pecado por usar una tierra que en su opinión aún pertenecía al hacendado.

Es decir, las instituciones y su legitimidad son procesos por los que atraviesa un rompimiento emocional. Liberar el mundo económico del mundo religioso implicó un proceso largo y tortuoso.

Instituciones como la de la familia, seguían inquebrantables. Basada en la obediencia ciega a la paternidad, estaba cargada de deberes por parte de los hijos e hijas y las madres/esposas. La crianza de los niños se hacía a base de con mano dura y a base de "chicotazos". Los sentimientos religiosos permeaban toda la vida cotidiana y aún las actividades económicas con prácticas y rituales vinculados a la cosmovisión y obligaciones con la iglesia. La educación sólo llegaba al tercer grado de primaria, y sólo para poco menos de la mitad de la población.

A partir de entrevistas con algunas ancianos del poblado, sus referencias al sufrimiento están relacionadas con las dificultades en la sobrevivencia económica, con el hambre y con las limitaciones que tenían que pasar para lograr el pan cotidiano. Es decir, hacen referencia al trabajo pesado y rudo, donde todas las tareas se tenían que hacer manualmente, a las largas jornadas de trabajo, que eran de "sale sol a mete sol;" a la falta de trabajo durante varios meses del año; al mes de "setiembre/sietehambres", que era el más difícil de todos;² a la dificultad de caminar grandes distancias diariamente para llegar al lugar de trabajo; a la migración temporal -de aproximadamente 3 meses- a ciertos lugares de la costa colimense donde el agua era insalubre y el trabajo era realizado bajo un intenso calor, a su regreso de la costa -habiendo caminado 80 kilómetros de distancia- venían cansados y muchos de ellos enfermos del estómago por haber bebido las aguas insalubres de aquellos lugares. Algunos de ellos no sobrevivían a estas enfermedades. La muerte natural era más familiar a edades tempranas, y la muerte violenta y el crimen eran también frecuentes.

La economía local, que descansaba en la agricultura de temporal con la siembra de maíz, frijol y chile, iba de la mano con las penurias para lograr la supervivencia. La mayoría de la población que vivía de ser jornalero agrícola

padecía –o debo decir, sufría- la pobreza extrema. El dinero era escaso y difícil de agenciarse. Es la economía política de los sentimientos y las emociones, donde la cultura de la pobreza (Scheper-Hughes, 1992) marcaba de manera singular la frecuencia y la intensidad del sufrimiento como una condicionante social inmanente a la vida social y personal.

Cuando estos ancianos se refieren a los tiempos actuales, hacen mención de las comodidades y de la facilidad para ganarse el pan cotidiano. La disminución de la jornada laboral en el trabajo agrícola, que ahora es de 7:00 a.m. a 1:00 p.m.; de cómo los trabajadores agrícolas son llevados por los patrones en camionetas a sus lugares de trabajo y regresan de la misma manera, de cómo abunda el dinero y todos pueden comprar una serie de productos y comodidades. La carne está accesible a todos y puede constituir un alimento relativamente común. La comodidad de la luz eléctrica y de cómo se han aligerado muchas de las actividades cotidianas. La leche ya no es un bien prohibitivo en su consumo diario. La muerte, ocasionada por muchas enfermedades antes mortales, que hoy día son sencillas de curar; la disponibilidad de servicios médicos está al alcance de todos. Si para muchos de ellos pasaban años para ir a la ciudad de Colima - situada a 15 kilómetros del poblado-, y ese viaje constituía un evento importante en sus vidas, hoy van y vienen a la hora que se les antoje y dejó de tener significación como evento extraordinario. En pocas palabras como dicen los ancianos, la vida hoy está hecha “para huevones”.

Cuando se ve el esfuerzo de esa generación en el empeño que ponen al criar a los hijos, en sus consejos -muchas veces inacabables- para prevenir a los hijos de no cometer los errores que ellos cometieron por ignorancia, por falta de pensar en el futuro, por “falta de consejos”. En parte, estos discursos remiten a la concepción de educar a los hijos a través de la orientación, a que vean el mundo a través de sus ojos que son los ojos de la experiencia, para que los hijos no desaprovechen las oportunidades que se les presentan, etc., todo este discurso es con la finalidad de que "los hijos no sufran como ellos, o que no sufran lo que ellos sufrieron." Su empeño como padres, radica en proporcionarles a sus hijos un mundo de oportunidades diferente.

Dentro de este marco, la historia pasada, es decir, la experiencia de la primera generación es vista por ellos mismos y transmitida hacia las nuevas generaciones como una época de “sufrimiento”, una visión a la que correspondía actuar con valor y resignación, sentimientos que aún continúan siendo valorados positivamente en el marco de la concepción religiosa católica.

Con lo anterior quiero decir que la concepción del mundo y de la vida -la cosmovisión- de los individuos, en la cual el sufrimiento es uno de los referentes siempre presente en la secuencia de sus vidas, y que este referente está en buena medida fundamentado a partir de las dificultades estructurales que pueden vivir y encarar cotidianamente de manera diferenciada los miembros de la comunidad.

Heller (1993) parte del presupuesto de que los sentimientos emergen como creaciones colectivas a partir de las tareas que realiza el individuo. Por ejemplo, en el caso de las sociedades primitivas o escasamente estructuradas, están compuestas por caracteres típicos de la personalidad -llamada por Benedict Anderson (1983) "configuración dominante". Así, hay al menos dos configuraciones dominantes, una para las mujeres y otra para los hombres. Es decir, roles sociales esperados. Así, las prescripciones sociales -incluidas las prescripciones sobre los sentimientos adecuados a la tarea- son de carácter natural, se naturaliza el sufrimiento mismo (Heller, 1993).

Resumiendo, el enfoque aquí planteado del sufrimiento, lo podemos entender como sentimiento complejo y relacional -que condensa y surge a partir de diversas emociones y sentimientos- y que se constituye en un factor de la cosmovisión que alcanza la dimensión de constituirse en un sentimiento orientativo y valorativo enmarcado dentro de la cultura de la resignación.

Segunda generación

A partir de la diversidad de ocupaciones, por la mayor división del trabajo -ciudad, campo, intelectual y manual-, surgen distintos tipos de tareas que moldean distintos mundos sentimentales. Los sentimientos emergen por distintos estratos sociales, no sólo por la distinta actividad realizada sino porque la sociedad les atribuye distintos valores a esas tareas (Heller, 1993); por ejemplo, sentimientos de rango a tareas consideradas valiosas.

En un sentido, sería analizar el aspecto humano del capitalismo señalado por Marx (1978). En otro sentido, el moderno capitalismo llega también con otro tipo de condicionantes estructurales que conducen a nuevos tipos de sufrimiento; no hay duda de que han surgido otro tipo de limitaciones y de tareas sociales que causan sufrimiento. Por ejemplo, el uso de agroquímicos -tarea que es relativamente reciente- ha causado enfermedades y sufrimiento en la vida de los jornaleros que realizan la tarea de fumigación. Más recientemente, el uso de

avionetas, además de eficientar y abaratar la fumigación de los cultivos, evita las enfermedades causadas por el no apropiado proceso de fumigación manual –sin el equipo adecuado, lo cual era común por la incultura al respecto. El capitalismo neo-monetarista y la política neoliberal vinculada a los tratados de libre comercio, han generado una profunda crisis de la agricultura, con lo cual han generado un profundo desempleo en el entorno rural y con ello la migración y el sufrimiento que deriva del desmembramiento de las familias y de las comunidades de origen.

La segunda generación comprende el periodo social y económico que va de 1950 a 1970. Nos referimos aquí a la cultura y los sentimientos de los hijos de los campesinos. A esta generación corresponden la educación primaria completa para la inmensa mayoría de los pobladores. La secundaria es establecida en 1952 y alcanza para unos cuantos. La segunda generación siente un profundo rechazo al sufrimiento, pero todavía conserva algunos valores de lealtad y es socializada en el trabajo arduo y pesado. Empieza sin embargo a cuestionar el grado de explotación y el mal trato de los patrones. Aún cuando el sentimiento del deber es uno de los más fuertes, se plantean seriamente el establecimiento de reglas sociales menos serviles.

Estos cambios van a ser más vistos a medida en que los menores de esa generación se van insertando al mercado laboral, en el cual rehuyen al trabajo agrícola y optan por insertarse en el mercado de servicios.

Aquí cabría establecer una subdivisión, en tanto que la modernidad se precipita de manera cada vez más acelerada, en lo que fue los años 50's y 60's, de tal suerte que se podría establecer un salto generacional entre los mayores de ese periodo y los menores. Es decir, entre los hijos mayores de los y los hijos menores de los campesinos. En los años 50 se introduce la luz eléctrica, que funcionaba solo por tres horas al día; se introduce la carretera pavimentada de Cuauhtémoc a la ciudad de Colima, reduciendo la distancia y modificando el concepto de “viajar a la ciudad”. En los años 60 se multiplican e intensifican los servicios, la luz eléctrica se conecta a una red estatal que mantiene el servicio las 24 horas del día; se introducen una serie de tecnologías domésticas: aparecen los primeros aparatos de televisión, los refrigeradores, las planchas eléctricas, la industria de la tortilla, etc.; y en la agricultura se introdujeron los primeros paquetes tecnológicos (semillas mejoradas, fertilizantes y agroquímicos).³

Si bien en términos económicos las dos generaciones de este periodo se pueden ubicar virtualmente dentro de una misma situación socio-económica, a la primera generación de este periodo le correspondió “abrir camino a los menores” en muchos sentidos, y “sufrir” los choques derivados de estos rompimientos con

muchas “autoridades morales” (la paternidad, la iglesia, la jerarquía de los patrones medieros capitalistas) y un sin fin de viejas costumbres. Su vida estuvo marcada por la “acumulación primaria” de capital al interior de las familias. Esta generación parece todavía valorar el ritmo del trabajo pesado como una virtud. Sólo unos cuantos de los hijos mayores de esta generación lograron salir a estudiar a nivel universitario. Tener educación era visto con un alto estatus.

La segunda generación de este periodo, al menos en lo que sería la clase media del poblado, se beneficia de la acumulación económica lograda por las familias y basada en el trabajo arduo de la primera generación de este mismo periodo. A ésta corresponde la oportunidad abierta y amplia para que estudien la secundaria y, al menos, una carrera técnica, en Colima. Dentro de la clase media, son varios los que salen a estudiar a la Ciudad de México, aún cuando pocos lograron completar la carrera. Si la primera generación de este periodo valora positivamente el “trabajar como burro”, la segunda generación busca “trabajar con inteligencia”, es decir, hacer trabajos que estén bien remunerados y que por supuesto, poco o nada tienen que ver con la agricultura. En esta etapa, entre los años 1950 y 1960, algunas familias completas migraron a las ciudades de México y Guadalajara en busca de un mejor destino y una mejor calidad de vida, a partir todavía de la escasez de trabajos bien remunerados en la comunidad.

El sufrimiento, entonces, que moldeaba el viejo orden social en los años previos a la modernización de la vida de la localidad, que podríamos situarlo a partir de los años 1950, y que ahora participa de manera distinta para las nuevas generaciones y sectores sociales, en el caso de las clases medias, sus miembros jóvenes buscan forjarse un destino distinto –frecuentemente vía la educación superior-, evitando el sufrimiento vinculado a las labores agrícolas y al no uso de anticonceptivos en el control natal. Se puede observar en ellos un estilo de vida más secular, donde la satisfacción de ciertos deseos es posible, donde el disfrute de la vida está en el presente, sino es que en “el aquí y el ahora”, esta actitud forma ya parte de un referente en sus vidas como un derecho naturalizado en el sentido de la vida, de sus propias vidas. Los jóvenes que devinieron en padres de esta segunda generación ya pertenecen a la generación del control natal.

Pensemos por ejemplo en el significado de la disminución de la tasa de natalidad que es propio de los tiempos modernos, del estilo de vida urbano y adscrito a las nuevas generaciones de padres que buscan una realización personal e individual mayor para sí mismos, como individuos que se tienen que ganar el pan y el techo, y que optan por tener pocos hijos con la finalidad de

satisfacer más plenamente los deseos de su hijo(a) o sus dos hijos(as). Como Scheper-Hughes (1993:401) señala:

...estos cambios sociodemográficos, donde quiera que ocurran, afectan la percepción de la vida humana, de la paternidad, de los periodos del ciclo de la vida (incluyendo la moderna “invención” de la infancia y la adolescencia), y los roles al interior de la familia y los sentimientos sociales (incluyendo el amor materno). Alteran también la percepción concerniente al valor y al papel que el individuo ocupa frente a la colectividad...

Desde esta perspectiva, el proceso de modernidad cultural puede ser visto como el paso de la predominancia de la cultura de la resignación (fuertemente influenciada por el sufrimiento a partir de la privación), a formas culturales más complejas, donde la secularización de la vida social rompe con viejos valores y jerarquías del viejo orden social, para establecer otros patrones de conducta, creencias y parámetros culturales, en donde el “mundo” de los sentimientos y de los valores se diversifican y se enriquece la expresión idiosincrásica -individual- de los sentimientos y las emociones.

La segunda generación es la de la transición cultural, comprende a los que vivieron su juventud en el periodo que va de 1950 a 1970. A esta generación corresponden la educación primaria completa para la mayoría de los pobladores; la secundaria, que es establecida en 1952 y es accesible para los sectores medios. La segunda generación no comparte tanto la resignación, empiezan a criticar la rigidez del orden social, pero todavía conserva algunos valores de lealtad y es socializada en el trabajo arduo y pesado. Empieza a cuestionar el maltrato y las injusticias de las jerarquías tradicionales, tales como el modelo paterno de excesiva mano dura e incuestionable autoridad. Se plantean seriamente el establecimiento de reglas sociales menos serviles y más justas. Una vez que esta generación adquieren la responsabilidad de la paternidad, la realizan con el moderno estilo de “la familia chica vive mejor”, promocionada en los años 1970 por el Estado.

A la segunda generación correspondió la introducción de los artefactos de la modernidad vinculada ya a un estilo de vida urbano. El espectro de los estratos sociales se hace más variado y se multiplican las actividades a realizar.

El “salto” entre la cultura de la privación-resignación a la secularización y el disfrute

En principio, se parte de que el sufrimiento, como sentimiento dominante, fue parte constitutiva de la comunidad de Cuauhtémoc hasta 1940. El parteaguas está establecido por un salto entre la valoración, que aquí se ve ligada al arribo de la modernidad y a la posterior estratificación de la comunidad. La modernidad presenta un espectro donde las condiciones económicas, sociales y culturales permiten que el individuo se sitúe en una perspectiva más abierta, en donde las oportunidades son mayores y tiene cierto rango de opciones o elecciones. La modernidad fue introduciéndose paulatinamente en un nuevo influjo, un nuevo espíritu colectivo que de manera imperceptible se va moldeando en distintas facetas del individuo y la colectividad. A este proceso le siguen prácticas y expresiones culturales cambiantes; las actitudes y sentimientos se encuentran en otra perspectiva de vida. Nuevos deseos y nuevas conductas individuales aparecen como resultado. Es decir, los cambios técnicos no vienen solos, ni implican solamente su materialización como objeto de un uso particular, ellos representan apenas un pequeño artefacto cultural inscrito dentro de otros artefactos y fenómenos culturales.

Estos cambios económicos-sociales implicaron fuertes transformaciones en los sentimientos orientativos y valorativos entre las generaciones de los periodos socio-económicos señalados. Cada generación vivió un proceso de socialización diferente en sus hogares y en relación a otras instituciones formales. Intentamos entonces, rescatar cuáles fueron los cambios dentro de la formación de sentimientos en una y otra generación, a nivel de géneros y por estratos sociales.

La visión transmitida por la religión católica ha cambiando junto con este proceso de secularización, y con ello el sufrimiento como parte de los sentimientos dominantes de la cultura en la comunidad y su papel en la reproducción del orden social. La relación entre religión y cultural ha sido uno de los factores más importantes en la formación de los sentimientos.

Pensemos, por ejemplo, en la rígida educación de las generaciones anteriores, para prepararlas para un mundo difícil y pesado, cargado de responsabilidades y deberes, y ajeno casi de manera significativa del contacto afectuoso, bajo una concepción donde la felicidad como concepto virtualmente no existía, y cómo la felicidad, en tanto sentimiento, era reprimida. La fiesta, el disfrute, el deleite, el juego libre, eran vistos como sentimientos cercanos al pecado. Esta rígida educación estaba acompañada del trabajo temprano, de la

mano de obra infantil, de la educación para y en el trabajo. De esta manera, la educación infantil estaba cargada de deberes y de represión, en la fidelidad y obediencia a la autoridad paterna y otro tipo de autores, como tíos, sacerdotes, maestros, la metáfora “la letra con sangre entra” resulta muy *ad hoc* para la primera y segunda generaciones aquí analizadas. Sólo se aprende a través del dolor, pero esta referencia va más allá de la sola técnica de la enseñanza formal, se refiere también a la educación para la vida, y aquí se recurría a otra metáfora común: “árbol que nace torcido, nunca su tronco endereza”, significando que la formación recta de los infantes sólo era posible a través de golpes y estrictas reglas de conducta y comportamiento.

La tercera generación tiene por obligación principal el asistir a la escuela. El periodo de la infancia se ha prolongado de tal suerte que ahora no se insertan al mercado de trabajo sino hasta terminada la primaria -en el caso de los niños de clases pobres-, y los niños de clase media hasta terminada la secundaria y aún después de realizar alguna carrera técnica o el bachillerato.

Ligado a esta prolongación de la infancia, está también la expresión de una educación diferente, la cual es mucho más relajada, menos estricta y menos cargada de deberes y prohibiciones. Los padres se quejan de ese “exceso de libertad” de los niños de ahora, de la falta de educación (“mal educados”, los llaman), de que los niños ahora son irreverentes e irrespetuosos. Pero son ellos mismos quienes están ejerciendo este tipo de autoridad y de educación.

Lo anterior forma parte de ese proceso de secularización que acompaña la modernidad. Este proceso es bastante tangible en la mentalidad de la comunidad y puede ser demarcado por generaciones fácilmente. La relación entre padres e hijos ha cambiado visiblemente, la relación entre las nuevas generaciones y la religión está marcada por el “desapego” de éstas a las prácticas religiosas.

La tercera generación aparece como la “hedonista” y la del “placer”, la que disfruta del ocio sin culpa. Es la generación que, si no tiene mayor tiempo libre, sí es la que tiene la consciencia del placer por el placer, separando sus esferas de manera más clara: el ocio, el placer, la diversión y el tiempo del trabajo, la que vive un mundo de comodidades que las anteriores generaciones no tuvieron oportunidad de disfrutar. Corresponde al periodo de la expansión de la clase media. La televisión tiene cabida plena en todos los hogares. Es la generación que puede disfrutar de fiestas y bailes cada fin de semana, porque el entorno social le posibilita la multiplicación de opciones de ocio, habiendo superado las barreras de la comunicación y del tiempo. Disfrutan de la masificación de los modernos aparatos y medios de comunicación.

Conclusiones

La tesis a la que arriba es que cuando la cultura de la resignación era profundamente vivida por la población local, el panorama y las posibilidades de vivir un mayor sufrimiento a partir de distintas fuentes que causaban dolores y que traían sufrimiento, era parte de la estructura económica propia de una economía que dependía de una agricultura de temporal, acompañada de la privación, las dificultades para la supervivencia cotidiana, y que generaba una estructura psicosocial proclive a vivir el sufrimiento de manera más naturalizada y aceptada como inexorable.

Si bien es cierto que la modernización por sí misma no evita cierto tipo de sufrimientos, también es cierto que contribuyó a disminuir y en algunos casos a desaparecer las fuentes generadoras de éste. En todo caso, la escala, el paisaje psicosocial evoca ahora una amplitud de posibilidades que permiten a los miembros de la localidad evitar caer en situaciones que producen dificultades y, en ese sentido, sufrimiento, porque el sufrimiento no sólo es dolor inevitable, son también penurias estructurales que constriñen las posibilidades de realización de deseos y sueños personales.

Los cambios en los patrones en la educación y valores transmitidos de padres a hijos es uno de los aspectos más observables en Cuauhtémoc. Lo anterior forma parte de ese proceso de secularización que acompaña la modernidad. Este proceso es bastante tangible en la mentalidad de la comunidad y puede ser demarcado por generaciones. La relación entre padres e hijos ha cambiado visiblemente; la relación entre las nuevas generaciones y la religión está marcada por el “desapego” a las prácticas religiosas.

Notas

1. Negrillas originales.
2. El humor negro popular hacía un juego de palabras para referirse al mes de septiembre, que era popularmente pronunciado como “setiembre”, comiéndose la “p”, y que hacía consonancia con “sietehambres”.
3. La introducción de agroquímicos liberaron a los campesinos de una serie de tareas que eran bastante pesadas, y que revolucionaron la forma de trabajar la tierra.

Bibliografía

Apter, David E. 1990. *Rethinking development. Modernization, dependency, and postmodern politics*. Sage Publications. London, New Delhi, Newbury Park.

Anderson, Benedict. 1983. *Imagined communities. Reflections on the origin and spread of nationalism*. Verso, London, New York.

Heller, Agnes. 1993. *Teoría de los Sentimientos*. Fontamara, México.

Hutchins, E. 1980. *Culture and Inference: a Trobriand case study*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

Martínez, Humberto. 1996. “Un atisbo a la metafísica del dolor: Buda y Shopenhauer”, en *Religión y sufrimiento*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.

Marx, Karl 1978. “Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Right”, en *The Marx Engels Reader*, Edited by Robert C. Tucker. Second Edition EE.UU.

Scheper-Hughes, Nancy. 1993. *Death Without Weeping. The Violence of Everyday Life in Brazil*. University of California Press, Berkeley, Los Angeles, Oxford.

Young-Eisendrath, Polly. 1996. *The gifts of suffering. Finding insight, compasión, and renewal*. Addison. Wesley Publishing Company, Inc. New York.